

El retablo del Conde de Eros

(novela)

Eliseo Alberto

Para mis hermanos Fefé y Rapi,
como si no hubiera sucedido nada.

*Cuando yo vine a este mundo,
nadie me estaba esperando.*

NICOLÁS GUILLÉN

CAPÍTULO 1

(FRAGMENTO)

EL BUQUE *Ofelia*, de bandera panameña, cubrió la ruta entre los puertos de Nueva York y La Habana sin mayores contratiempos. Llevaba en sus bodegas unas mil quinientas cajas de whisky Jack Daniels y doce Corvettes convertibles, color mandarina —tan de moda en aquella primavera de 1957. Dos de los seis camarotes de cubierta estaban ocupados por el bostoniano Kid Danger, un boxeador de siete pies de asperezas, ojos azules y rústicos modales, y un actor cubano que después de veinticinco años de ausencia regresaba a la isla con tres objetivos precisos: cumplirle una promesa a su hijo Anthony, estrenar en el teatro París la obra *Cuatro gatos encerrados* (drama póstumo del escritor Howard Owen) y ya con la conciencia tranquila, ahorcarse al término de la primera función en medio de un vendaval de aplausos. Julián Dalmau era un perfeccionista, tal vez por eso decidió ser su propio verdugo. Quién lo haría mejor que él.

La paz lo distraía más que el oleaje. Cuando el mar estaba en calma, unido en la distancia a un cielo igual de inmóvil, Dalmau se acercaba a la baranda del *Ofelia* seducido por la grandiosidad del océano. Si a ese mismo mar que enloquece cuando se deja revolcar por los ciclones no hay pescador que le repudie su poder de destrucción, tampoco su posterior mansedumbre, su

candor o su coartada; si a ese mar, pensó Dalmau, que convierte la roca en arena, nadie le echa en cara su hambre de tierra ni su sed de minerales; si a ese mar de resacas turbias jamás se le condena cuando secuestra a un inocente en la playa, con un guante de espumas, y días después del rapto lo deposita sobre los arrecifes entre botellas y latones; si a ese mar se le guarda consideración y hasta respeto al permitir que naden trozos de Polo Norte como ballenas de hielo en la ruta de embrujados trasatlánticos; si a ese mar, pensó Dalmau, que esconde en sus entrañas naufragios y más naufragios no existe tribunal que lo sentencie ni juez que le demande la devolución de los tesoros; si a ese mar amanerado, brutal y traicionero no se le niega un poco de clemencia, quizás a él, pensó Dalmau, también le podrían conceder un minuto de piedad cuando llegada su hora límite, la del nudo, alguien tuviera que descolgarlo de la cuerda —silenciada la ovación que celebró su muerte.

Kid Danger prometía una bolsa de treinta dólares por asalto a todo aquel que, luego de abonar una módica suma, le aguantara de pie la ametralladora de golpes que disparaba por minuto. Los contratistas del Coliseo Atenas le habían asegurado que La Habana llenaba los requisitos para considerarla el mercado idóneo donde forrarse los bolsillos de billetes: afición al box, turismo en alza y noches de cabaret, tres anzuelos que Kid Danger no iba a dejar de morder. Ante su primera gira internacional, renunció por un semestre a la bebida, dosificó el mujerío y triplicó la carga de los entrenamientos. Mañana, tarde y noche correteaba de popa a proa encapuchado bajo un albornoz de hule, sin dejar de lanzar ganchos a diestra y a siniestra con la esperanza de sacarle el aire al aire, su invisible rival. Los marineros del *Ofelia* llegaron a aborrecerlo. Si al inicio del viaje su figura había resultado un atractivo adicional, pues muchos conocían de su fama, pronto se convirtió en una presencia repelente. Cansaba mirarlo. Cansaba darle de comer. Cansaba que no se cansara.

Julián Dalmau se mantenía al margen del conflicto, sin tomar partido por una u otra causa. Desde una silla de lona, a la sombra de alguna pasarela, el actor hacía anotaciones en su traducción al español del manuscrito de Owen. Nada conseguía apartarlo de esa misión casi sagrada, ni siquiera las súbitas sacudidas de la marea. La única vez que se concedió una tregua fue la tarde que uno de los cocineros decidió enfrentar al antipático boxeador y el oficial Napoleón Jiménez, capitán del *Ofelia*, le pidió que fuera el árbitro de la pelea. Dalmau estuvo sobre el cuadrilátero los setenta segundos que demoró Kid Danger en anestesiar al cocinero con tres patadas de manos. En gesto de buena vecindad, el bostoniano se negó a aceptar el premio previamente convenido (triple ración de carbohidratos en cada comida) y prometió borrar aquel combate de su récord de victorias sin empates ni derrotas. Dalmau no intervino en los protocolos de la capitulación y se concentró de lleno en sus apuntes.

—Thank you, Man.

—Congratulations, Kid.

Dalmau sabía que el tiempo estaba en su contra. Después de tantos años dando vueltas por el mundo, regresaba a La Habana hecho una ruina. Hombre afable, de temperamento flemático, había heredado de su padre Josep

Dalmau, «mi sastrecillo valiente», el don de la conversación y de su madre, la maestra Marina Sánchez, el de saber escuchar, virtudes complementarias pero no tan frecuentes como pudiera pensarse. El actor escondía su vanidad tras el caparazón de la modestia, sin dejar por ello de ser arrogante o humilde cuando debía asumir la crítica o el elogio.

La prensa lo distinguía entre «las estrellas» más tratables del momento y algunos analistas políticos comenzaban a reconocerle su serena postura durante los juicios del Comité de Actividades Antiamericanas que presidía el senador republicano J. R. McCarthy. No le faltaban amigos ni enemigos, aunque pocos de los primeros y ninguno de los segundos conocían que en soledad, una vez apagadas las marquesinas, el cubano se rascaba el cráneo como si fuese un panal de avispas y sentía escalofrío en las venas y se le despellejaban las manos. Por el temblor de sus dedos, no conseguía anudarse la corbata. Cuando su pesar tocaba fondo, se soterraba en bares de lujo y bebía whisky tras whisky hasta quedarse ciego. Los cantineros lo atendían con esmero porque acostumbraba dejar propinas faraónicas. Dormía mal, torcido. Se afeitaba bajo el chorro de la ducha, de espaldas al espejo del lavabo. No quería verse a los ojos porque las sanguíneas pupilas que se clavaban en las suyas desde el cristal, le recordaban el tartamudo pestañear de su hijo Anthony. Esa mirada intermitente, de oveja moribunda, lo venía atormentando en cada pesadilla, como exigiéndole una disculpa tardía.

Durante el viaje, Dalmau esperaba que La Habana sería apenas un telón de fondo en el tablado de la memoria, una ciudad hueca, carente de otras referencias que no fuesen las que él había elegido por voluntad cuando abandonó su casa, en la barriada de La Víbora, y decidió probar fortuna en Nueva York, sin duda el coliseo más propicio para alguien que soñara con ser actor de teatro. Tenía entonces veinte años. Sólo se reservó tres recuerdos: la cajita de música de Marina Sánchez (el organillo tocaba *Siempre en mi corazón*, de Ernesto Lecuona), los doce maniqués sin cabeza que decoraban la sastrería El Dedal, en la Manzana de Gómez, y el ventear de una mata de aguacate que crecía en el patio del vecino y daba sombra en la ventana de su cuarto. A estas alturas de la vida no le quedaba pariente alguno en la isla, lo cual podía considerarse una ventaja pues dejaba sin cultivo cualquier virus de nostalgia.

Sin embargo, cuando el *Ofelia* violó la boca de la bahía, dando inicio a la maniobra de atraque, un empalagoso olor a frutas le zarandeó los recuerdos. *Nada se olvida ni se borra: el que busca, encuentra*, le gustaba decir al sastre Josep —que nunca le tuvo miedo a los refranes. Entre la espada del miedo a esos hallazgos y la pared de una ciudad tan suya como ajena, Dalmau tuvo el presentimiento de que se adentraba en un laberinto. Nadie lo estaba esperando. A Kid Danger, sí.

—Good bye, Actor.

—Good bye, Kid.

Una docena de admiradoras vitoreaba el apodo del boxeador entre chillidos histéricos. Desde la escalerilla, a mitad del descenso, Julián Dalmau contemplaba el recibimiento no sin envidia: desnudo el torso, Kid Danger permitía que

las muchachas calibraran su musculatura y a todas regalaba una sonrisa, un guiño de ojos o un beso, en erótica correspondencia al nivel de excitación de cada una. La más esbelta de ellas apenas alcanzaba a rozarle el nivel de las tetillas. El representante habanero del boxeador respondía las dudas de los periodistas, en improvisada rueda de prensa.

A espaldas del grupo, por la lengua de una rampa, comenzó el desfile de los Corvettes descapotables. El capitán Napoleón Jiménez supervisaba el desembarco. El sol del atardecer rebotaba en las carrocerías, haciendo chispear luces mandarinas. Los estibadores cargaban al hombro las cajas de Jack Daniels, en lenta procesión de hormigas. Dalmau bajó a tierra con dos maletas, bordeó el enjambre de fanáticos y se sentó en un muro de cemento, a la espera de que alguien viniese a rescatarlo. Los remates de la lluvia le escamparon encima.

—¡Taxi! —gritó. El taxi avanzaba a baja velocidad por la Avenida del Puerto. Al chofer no lo detuvo la voz de Dalmau sino la radiante hermosura de los Corvettes.

—Carrocería de magnesio, chasis tubular de acero, frenos de tambor de aluminio y un motor V8 de no sé cuántos de caballos de fuerza. Qué más se le puede pedir a una carroza. ¿Se mojó mucho? —dijo el taxista. En gracioso vaivén, el péndulo de su mirada iba de los convertibles al rostro del nuevo pasajero, como si transitara del asombro a la admiración sin dar créditos a ambos espejismos: —¡Hombre, no puede ser, usted es Julián Dalmau, el gran Dalmau! Caramba. Maritza no va a creerme, qué bárbaro. ¿Dónde lo llevo? Mi taxi y yo estamos a su entera disposición. Suba. Me llamo Bonifacio Martínez Bonilla pero me dicen Boni.

—Al teatro París, por favor —dijo Dalmau.

Boni estiró la mano hasta alcanzar el picaporte de la puerta trasera, que se abrió con el elástico accionar de sus dedos.

LA HABANA corría a cuarenta kilómetros por hora tras la ventanilla del taxi. Los edificios pasaban de largo en atropellado carrusel de imágenes. «¿Cuánto puede cambiar una ciudad en un cuarto de siglo?», pensó Dalmau. En tantos años de ausencia sólo había regresado a la capital de la isla en noviembre de 1949, apenas por diez días, los que necesitaba para asistir a los funerales de su padre y rematar la casa de La Víbora y El Dedal, la sastrería de los maniqués guillotizados.

Dalmau llegó un lunes en vuelo procedente de Miami, a bordo de un bimotor quebradizo que de milagro pudo aterrizar en medio de una repentina ventolera. A la tarde había conseguido un cuarto con balcón a la calle en el hotel más hemingweyano de La Habana, el Ambos Mundos, y no anocheecía aún cuando entró en el recinto del Centro Español, donde velaban a Josep. Estaba expuesto de cuerpo entero en un ataúd de roble, sin tapa; traía saco de solapas anchas, camisa de algodón y una corbata azul, los zapatos recién lustrados. «Juliancito, tu padre eligió la tela y el modelo para el viaje: nos pidió algo deportivo. Lo confeccionamos en El Dedal, entre varios», le dijo el

único de los presentes que le dio un abrazo al entrar en la capilla. Era un catalán sesentón, alto y escuálido como una palma seca, lo cual hacía más pequeña la niña que colgaba de su mano. «Soy Agustí Vinyoli, el de los zurcidos invisibles. ¿Te acuerdas de mí? Vinyoli, el mejor amigo de Josep. Ella es Cecil: acaba de cumplir siete años. Necesito hablar contigo. Yo fui quien te puso el cablegrama. Dame un tiempesito, anda». El dejó barcelonés de su entonación al decir los cubanísimos diminutivos cimbró a Dalmau y ya no quiso ni pudo zafarse de aquel abrazo. Vinyoli llevaba nueve collares de santería, al cuello.

Dalmau lo recordaba vagamente. En un relampagazo de la memoria, lo evocó muchos años atrás en El Dedal, ante una mesa repleta de trapos. Encorvado, absorto en la faena, Vinyoli ensartaba una hebra de hilo en el ojo de una aguja de coser. La lamparita sacaba chispas a la punta del metal. Dalmau siempre lo había visto en aquel rincón de trabajo, junto a un termo de tres cantinas y un pequeño radio de onda corta que sintonizaba alguna estación de exiliados republicanos. Le parecía raro que el sastre almorzara en la trastienda y no en las fondas vecinas, como el resto de la empleomanía. Josep lo acompañaba a veces, en oscura intimidad, especialmente en esas tardes húmedas que le tupían los bronquios al «zurcidor invisible» y los ataques de asma lo dejaban exhausto. Había borrado su existencia. Hay imágenes que, por sanidad espiritual (o por insignificancia, haraganería, quizás descuido), el tiempo sepulta bajo capas de ese hojaldre llamado amnesia. Ahí permanecen hasta un día cualquiera, cuando se vivifican con un golpe de gracia. Agustí y Josep usaban la misma agua de lavanda, una fragancia irradiante que aromatizaba las pacas de telas. El perfume condujo a Dalmau hasta su infancia.

¿No fue Vinyoli quien le regaló aquella bicicleta de timón ancho y rabos de conejos en los manubrios, en la víspera de su octavo cumpleaños? ¡La bicicleta amarilla con guardafangos plateados! Hubiera querido que se ponchara una goma para usar la lija, el pegamento y los parches de cámara que traía en el estuche de las herramientas, colgado al sillín como caja de primeros auxilios al cuello de un perro San Bernardo. En la funeraria, Dalmau volvió a sentir la dureza de los pedales bajo las plantas de sus pies. A menudo, tenía que frenar con los talones por culpa de la fofa catalina. Cuando iban al parque, su madre trotaba a su lado por miedo a un accidente. Su padre leía la prensa en escalón inferior de la glorieta. La pedagoga Marina, que tanto le había enseñado sobre los misterios de la naturaleza (las capas de la atmósfera, las descargas de los rayos, los flujos de las mareas y la influencia de la luna en el calendario de las cosechas) estaba muerta y muerto el estudioso Josep, el historiador frustrado que seguía la marcha de las guerras en Europa y clavaba en un mapa alfileres con banderitas triangulares para ver por lo claro el avance y repliegue de las tropas. La muerte no cree ni en la madre que la parió. Menos en el padre.

Aguas de colonia. Hacía diecisiete años que él no miraba el rostro de Josep. De no ser por el hilo que le ataba los labios en una mueca reprimida, podría pensarse que dormía. Llevaba una cinta métrica entre las manos, cruzadas al pecho, y sus bifocales en el bolsillo del saco. Un pañuelo de seda ocultaba el orificio de la tráquea.

El viento inclinaba la llama de las velas —también las copas de los árboles cuando, a la mañana siguiente, Vinyoli despedía a Josep sobre la tumba de la familia. La emoción le impidió leer de arriba abajo el discurso escrito para ese momento. En los párrafos que alcanzó a decir antes de quebrarse, evocó los últimos años de Josep y resaltó su ejemplar capacidad de sacrificio, su valentía al enfrentarse a las embestidas del cáncer. «Asciende tranquilo: yo cumpliré lo prometido. Recuerdos a Marina de mi parte». Las nubes bajas enlutaban la escena. La niña Cecil perseguía una mariposa en el bosque de pinos. Al alejarse por una callejuela del camposanto, Julián Dalmau creyó oír una voz de soprano que cantaba un tango de Carlos Gardel. *El día que me quieras, desde el azul del cielo...*

—No sabía que tanguéaba tan bonito —dijo Boni y le hizo la segunda: —*Las estrellas celosas nos mirarán pasar...*

—¿Yo estaba cantando?

—Tarareando, más bien. *Las estrellas celosas...* Y cuénteme, ¿conoció a Kid Danger? Leí en *La Tarde* que pega duro. Está invicto en 216 peleas. Tal vez lo rete. Se presenta en el Coliseo Atenas. Pagan por perder. Lo distraigo. Usted siga en lo suyo...

DALMAU SIGUIÓ en lo suyo. Desde el cuarto del Ambos Mundos, en la esquina de las calles Obispo y Mercaderes, se dedicó a atender los trámites notariales, menos complicados de lo que supuso porque Josep tuvo la precaución de dejar las cosas en orden y por escrito: traspasó El Dedal a Vinyoli, cedió a su hijo lo que se obtuviera con la venta de la casa (tarea que encargó de antemano a una agencia especializada) y heredó a beneficio de Anthony «mis cuentas bancarias, para que haga uso de ese dinero cuando alcance la mayoría de edad y pueda comprender que su abuelo paterno lo adoró aun sin conocerlo». El testamento de Josep le hizo recordar que él también era padre.

La estancia en La Habana se aletargaba entre gestiones rutinarias y la crueldad de los sucesivos frentes fríos que atormentaban los noviembreros de la isla. Agustí Vinyoli le dejó un par de recados en la carpeta del Ambos Mundos, pero Dalmau no respondió a su llamado. Una noche, al entrar en su habitación, descubrió un sobre bajo la puerta. Contenía una foto fechada seis meses atrás: en la imagen, Vinyoli, la niña Cecil y dos desconocidos posan junto a la cama sin respaldar donde descansa un Josep tan enfermo como complacido. Dalmau no le dio mucha importancia al obsequio.

Lector de Ernest Hemingway, elegía para almorzar los restaurantes habaneros que el escritor menciona en sus novelas, sin reparar en los precios del menú ni en la sobreabundancia de grasa de las comidas. Su preferido era El Floridita, en la esquina de Obispo y Monserrate. El consumo desmedido de mariscos podía resultarle indigesto, por lo cual alternaba los atracones de langosta con platillos menos nocivos, en sitios más correntones pero igual de satisfactorios. Regresaba a pie, cortando camino por calles misteriosas, como si explorara por primera vez los recovecos serpentinos de La Habana: le gustaba

recordar cuánto había olvidado. A la hora de la cena, encargaba a su cuarto una jarra de hielo, tres botellas de Coca Colas, una hamburguesa y una ensalada de aguacate.

Un día antes de la fecha de su regreso, Dalmau visitó La Víbora para finalizar el negocio. Si el abogado y el comprador de la vivienda hubieran sido puntuales y a la hora prevista hubiesen firmado el traspaso de propiedad, luego de aclarar civilizadamente algunos acápite dudosos, él no habría tenido tiempo para recorrer la casa y descubrir que cuando crecemos todo se empequeñece porque sólo la inocencia aprecia la real medida de las cosas. La encontró encogida, casi disgustada de seguir en el sitio de siempre. El portal, un polígono donde antes se podían desplazar cuatro regimientos de soldados de plomo, se había constreñido a un área apenas suficiente para dar cabida a dos sillones. De extremo a extremo del pórtico, las arecas tendían un arco de ramas secas —tan corto era el espacio entre columnas y tan largo el abandono de las plantas. El comedor no se redujo más porque se lo impedía el rectángulo de la mesa. Una pátina de polvo sobre los libreros del pasillo hizo pensar a Dalmau que la casa llevaba meses desocupada; si no, ¿por qué los escaparates sin ropa, la desnudez de los colchones, esa concha de sarro bajo la gota que caía y caía y caía en el lavamanos del baño? Apretó la llave y la zapatilla dejó de filtrar agua. Sobre la mesa del recibidor, se apilaba la correspondencia atrasada. Dalmau descubrió dos postales suyas, entre recibos de pagos pendientes. ¿Dónde había pasado Josep la recta final de su viudez? «La lejanía nos hace extraños», dijo entre dientes. Eran palabras de su padre.

Dalmau entró en su cuarto. Sin prestar atención a los detalles ni reparar en otras probables desproporciones, abrió la ventana con la agitación de un asmático que necesita respirar una tonelada de aire: los vecinos habían serruchado el aguacate. Ante ese vacío, que para él resultaba prueba concluyente de que no pertenecía a ninguna parte, de que en La Víbora o en La Habana o en Nueva York no había ni un árbol esperándolo, Dalmau redondeó el círculo de su orfandad y mandó su cubanía al carajo.